

MIRET MAGDALENA

LOS OBISPOS PROGRESAN

Los tiempos cambian, y todo progresa y evoluciona. En el Sínodo anterior de Obispos, hace dos años, el Papa no estaba presente; hoy, en cambio, el Papa ha colaborado con los Obispos, aunque sea sólo con su simple presencia.

Desde la triste división de Europa en dos sectores, esta es también la primera vez que un Obispo romano ha podido venir a Roma, y ha asistido al Sínodo de Obispos.

Y hombres tan moderados como el Cardenal Heenan, a pesar de la presentación conservadora que se ha hecho en nuestro país por algunos, ha dicho tranquilamente: «Los ciudadanos de la ciudad de Dios están dispuestos a someterse a la autoridad, siempre que ésta se muestre razonable y responsable: discutir la autoridad no significa ser anárquico».

Los tiempos cambian; los signos de la época van variando, y es preciso estar atentos a todo ello para seguir la marcha de la historia, si no queremos quedarnos atrasados y sin presencia viva en el mundo que se abre hacia el futuro.

Los Obispos de todo el mundo —como se ha visto en el Sínodo romano— progresan ciertamente; pero los observadores que sean imparciales, y estén fuera de esta lucha de un dramatismo un poco ingenuo entre «conservadores» y «contestatarios», han de reconocer que este progreso es demasiado lento, y que esta lucha interna no tiene la importancia para el futuro que algunos le dan.

Esta es la realidad, y no otra.

¿Quiere decirse que seamos pesimistas respecto al futuro de la Iglesia? No, si se entiende por pesimismo el desaliento y la falta de perspectiva; pero sí, si por él entendemos que va a venir un período anti-inflacionista de la Iglesia, como única estructura viable en el futuro.

Por eso no podemos estar conformes con los que presentan ciertas propuestas de algunos Obispos como si ya todo hubiera cambiado o estuviera en vías de transformación radical. Creemos que es más exacto confesar que el tiempo se nos ha pasado a los católicos en buena parte, con nuestros temores, discusiones y suspicacias. Y el tiempo es irreversible, como demostró el inteligente novelista francés Marcel Proust con su obra «En busca del tiempo perdido», donde vemos con claridad que el tiempo perdido está ya muerto y sin posibilidades de revivir.

Todo esto es verdad, de cara a un adecentamiento exterior de muchas estructuras jurídicas de la Iglesia en su aspecto humano; pero, en cambio, no es cierto que todo esté perdido respecto a la vitalidad cristiana de pequeños núcleos de creyentes, que se encuentran fuera de la clasificación de «conservadores» y «contestatarios», porque lo que les interesa fundamentalmente es el cristianismo, tal y como lo ha descrito Monseñor Philipps en sus declaraciones sinodales en Roma.

«Nosotros, los católicos del Occidente latino, tenemos que vigilar cuidadosamente... dado nuestro juridicismo casi conatural, el evitar transformar una vez más lo que es vida de comunión en el amor y colegialidad, en un código de leyes canónicas que corra el peligro de ahogar y extinguir aquella vida de amor. Y no olvidemos que, de ocurrir esto, el resultado final sería todavía más deplorable que la situación anterior. Hay que rehacer nuestras leyes, pero sin asfixiar la vida en el legalismo, por nuevo que sea».

Por eso quienes esperan todo de una reestructuración, más o menos jurídica, que salga de este Sínodo, opino que están equivocados. Lo importante de esta reunión episcopal de representantes de todo el mundo católico, es el clima de libertad de palabra, diálogo comprensivo y deseo espontáneo de renovación; lo demás es secundario, y hasta peligroso por las razones alegadas por Monseñor Philipps.

La prueba está en que el pueblo —cuya voz decían con razón los antiguos que era la voz de Dios— se ha sentido muy poco interesado en este Sínodo, a pesar de lo que se dice. Lo único que llama la atención de la gente es lo que he subrayado en el párrafo anterior.

Las discusiones minuciosas, los resultados de las votaciones, las estructuraciones posibles del Sínodo tienen importancia; pero no es lo más decisivo. En cambio, el clima creado por las intervenciones del Cardenal Suenens, del Cardenal Marty, del Cardenal Heenan o de Monseñor Zoungrana son decisivas, por-

que son síntoma de vitalidad, del único factor de trascendencia para el futuro de los católicos.

Suenens insistió, entre otras cosas, en la elección del Papa y de los Obispos, de modo que en alguna forma el pueblo —clérigos y seglares— tenga intervención, y no sólo los Cardenales de Roma. A pesar de la alergia que, en algunos medios eclesiales, produjeron los dos artículos que dediqué a este tema hace unos meses, ahora parece que no es tan extraño propugnar lo que existió durante muchos siglos en la Iglesia y pretenden tímidamente algunos Obispos, como lo han confesado públicamente con ocasión de este Sínodo en Roma.

Hasta el Papa Nicolás II, en el siglo XI, no se estableció la elección del Papa reservada solamente al clero más representativo de Roma, denominado con el título de «cardenales». Hasta entonces, de una manera o de otra, todo el clero y el pueblo creyentes intervenían en la elección del Pontífice Romano. Son diez siglos de experiencia popular que no pueden ser apartados con un gesto displicente.

Igual ocurrió con los Obispos. Por eso nos extraña que todavía se discutan pros y contras respecto a estas cuestiones que deberían estar superadas. Desde Pío XII para acá se nos recuerdan frases como la que acaba de decir en Roma, con gran acierto, nuestro Cardenal Primado: «Todo el pueblo debe responsabilizarse en la marcha de la Iglesia». Pero, desgraciadamente, estas expresiones quedan en el campo de la abstracción demasiadas veces; y a la hora de su explicación práctica se olvida la necesidad de que todo se traduzca en hechos significativos. Si no, los hombres y mujeres de nuestra segunda mitad del siglo XX desconfiarán al no ver una concreción suficientemente expresiva.

Yo pienso exactamente igual que el Cardenal Heenan que «el Sínodo será inútil si no se habla clara y francamente; si hay algo que no nos parece bueno en relación con el ejercicio de la autoridad del Papa o de la Curia, es preciso que se diga aquí y no en conversaciones privadas». Y no se crea que el Cardenal Heenan se refiere a la libertad de palabra dentro del Sínodo, sin que nos enteremos el pueblo y repercute en la Prensa mundial, porque aclaró, para que no hubiera ninguna duda, que «el secreto del Sínodo es inútil... y ninguna de nuestras palabras y desarrollos debía dejar de ser publicadas».

Algunos han defendido demasiado al Papa —creyéndolo en peligro— y a su Curia —creyéndola imprescindible—, pero olvidan la inteligente observación del Patriarca Gori de Jerusalén, señalando con agudeza que «hay quienes insisten en la primacía del Papa, pero están pensando que esto es teoría, porque en la práctica le impondrán su propia voluntad al Papa».

Otros, como Monseñor Marty, más delicado, como buen francés, pide ya un próximo Sínodo para que se estudien algunas cuestiones que han quedado en el aire como: 1) establecer un «estatuto» del sacerdote en la Iglesia, en el cual se reconozca la necesidad de que éste sea «a la vez más evangélico y más presente a los hombres», y en donde tenga un puesto más claro de cara a este mundo en transformación; 2) que en la administración de los sacramentos se cambien muchas costumbres, regulándose su uso por una vida de convicciones sinceras y no por razones sociales exteriores, pues nunca se puede olvidar que los sacramentos son «sacramentos de la fe»; y 3) que se tengan en cuenta las líneas más progresivas de la encíclica *Populorum Progressio*, de Pablo VI, sobre el auténtico desarrollo integral de los pueblos, fomentado y ayudado por todos sin paternalismos, pero con eficacia decidida.

Naturalmente que, en esta vitalidad de la Iglesia, manifestada por los verdaderos creyentes, debe existir un decidido pluralismo de posturas, a veces difícilmente coherente, pero que deben ser respetadas totalmente por unos y por otros. Por ejemplo, el Cardenal negro Zoungrana, que se ha manifestado muchas veces como abierto partidario de la vía del socialismo, sin embargo, dice ahora que los problemas de la «contestación religiosa» en Occidente les cansan a los africanos y no corresponden a su problemática de tercer-mundo.

Por eso, sólo cuando, en la estructura humana de la Iglesia, nos acostumbremos a dar más importancia a la sinceridad vital que al juridicismo doctrinal o práctico, llegaremos a algo positivo como resultado de este Sínodo, que esperamos que sea de la responsabilidad compartida y de la convención vital antes que del legalismo.